

Frankenstein o el moderno Prometeo



Frankenstein o el moderno Prometeo

MARY W. SHELLEY

Ilustraciones de Lynd Ward Epílogo de Joyce Carol Oates Traducción de Rafael Torres



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL Frankenstein, or The Modern Prometheus

Primera edición: 2013

Ilustraciones

© LYND WARD

Traducción

© RAFAEL TORRES

Epílogo Joyce Carol Oates «Frankenstein's Fallen Angel» © 1989 Ontario Review, Inc. Reprinted by permission of John Hawkins & Associates, Inc.

Traducción del epílogo

© Jesús Gómez Gutiérrez

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2013 París 35-A Colonia del Carmen, Coyoacán 04100, México D. F., México

Sexto Piso España, S. L. C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda 28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño y maquetación Estudio Joaquín Gallego

Formación Grafime

ISBN: 978-84-15601-40-1 Depósito legal: M-27660-2013

ÍNDICE

Introducción	9
Prefacio	15
Frankenstein o el moderno Prometeo	17
Epílogo: «El ángel caído de Frankenstein»	249
Joyce Carol Oates	

INTRODUCCIÓN

Cuando seleccionaron Frankenstein para una de sus colecciones, los editores de Standard Novels me expresaron su deseo de que les proporcionara una explicación sobre el origen de la historia. Aprovecho la oferta también para contestar a una pregunta que me hacen con mucha frecuencia: «¿Cómo yo, siendo una jovencita, llegué a idear y a escribir sobre una idea tan horrible?». Es cierto que soy muy reacia a mostrarme en letra impresa, pero como mi aclaración tan sólo aparecerá como apéndice de una obra anterior y se limitará a los temas relacionados con mi autoría, no puede decirse que me esté entrometiendo personalmente.

Siendo hija de dos conocidos escritores, no es de extrañar que desde muy temprana edad pensara en escribir. De niña garabateaba, mi pasatiempo favorito durante mis horas de ocio era «escribir historias», pero había una ocupación que me producía aún más placer que esto: construir castillos en el aire, soñar despierta, desarrollar ideas que por su temática daban pie a una sucesión imaginaria de acontecimientos. Mis sueños eran más fantásticos y agradables que mis escritos. En estos últimos me limitaba a imitar, me inclinaba más por escribir como otros lo habían hecho antes que yo que por escribir lo que me sugería mi propia imaginación. Lo que escribía estaba concebido para que lo leyera al menos otra persona, mi compañero de infancia y amigo, pero mis sueños eran sólo míos. No se los contaba a nadie. Eran mi refugio cuando estaba enojada y mi mayor placer cuando estaba a mi aire.

De niña vivía sobre todo en el campo y pasaba bastante tiempo en Escocia. Realicé visitas ocasionales a los lugares más pintorescos. Pero mi residencia habitual se encontraba en las solitarias y tristes orillas del Tay, cerca de Dundee. Solitarias y tristes ahora que las recuerdo, no lo eran para mí entonces. Eran mi reducto de libertad y el agradable lugar donde podía comunicarme con las criaturas de mi imaginación sin que nadie me escuchara. Entonces ya escribía, pero con un estilo bastante

ordinario. Fue allí, bajo los árboles de las tierras de nuestra casa o junto a las sombrías laderas peladas de las montañas cercanas, donde nacieron y crecieron mis verdaderas composiciones, los idealistas vuelos de mi imaginación. No era yo la protagonista de mis cuentos. Mi vida me parecía una aventura demasiado común, no me imaginaba a mí misma viviendo aflicciones románticas o acontecimientos extraordinarios. Sin embargo, no me limitaba a mi propia identidad y era capaz de poblar las horas con creaciones que para mí eran mucho más interesantes a esa edad que mis propios sentimientos.

Después, mi vida se volvió más ajetreada y la realidad se impuso a la ficción. Mi marido, sin embargo, estaba ansioso desde el primer momento porque demostrara ser digna de mi ascendencia e inscribiera mi nombre en las páginas de la fama. Me animaba constantemente a que lograra una reputación literaria, algo que incluso yo buscaba en aquella época, aunque posteriormente me volviera absolutamente indiferente a ella. En aquel entonces mi marido quería que yo escribiera, no tanto con la idea de que pudiera realizar algo digno de mención, sino para poder juzgar si sería capaz de realizar cosas más prometedoras en el futuro. A pesar de eso, no hice nada. Dedicaba todo mi tiempo a nuestros viajes y a mis ocupaciones familiares. Y toda mi actividad literaria se limitaba a la lectura o a debatir con mi marido, que poseía una mente mucho más cultivada que la mía.

En el verano de 1816 visitamos Suiza y fuimos vecinos de Lord Byron. Al principio pasamos el tiempo disfrutando en el lago o paseando por sus orillas. Y Lord Byron, que estaba escribiendo su tercer canto de *Childe Harold*, era el único de nosotros que se dedicaba a trasladar sus pensamientos al papel. A medida que nos los iba mostrando, estos pensamientos parecían convertir en divinas las maravillas del cielo y la tierra que todos compartíamos, con su poético atuendo de luz y armonía.

Pero el verano se tornó húmedo y poco agradable, y la persistente lluvia a menudo nos obligaba a estar días enteros dentro de la casa. En nuestras manos cayeron algunos volúmenes de historias de fantasmas traducidas del alemán al francés. Entre ellas se encontraba la *Historia del amante inconstante*, quien, pensando que abrazaba a la novia a la que había jurado sus votos, se encontró en los brazos del pálido fantasma de aquélla a la que había abandonado. También había un cuento acerca

de un pecador, fundador de una estirpe, que había sido condenado a la terrible tarea de dar el beso de la muerte a cada hijo menor de su dinastía maldita en el momento preciso en que éste alcanzaba la edad adulta. Bajo los intermitentes rayos de la luna se podía ver su inmensa y sombría figura vestida como el fantasma de *Hamlet*, con armadura completa aunque con la celada alzada, avanzando despacio por la lúgubre avenida. La figura desaparecía bajo las sombras de los muros del castillo. Pero poco después se abría una puerta, se escuchaban unos pasos, la puerta de la habitación se abría y él avanzaba hasta el lecho del joven en la flor de la vida que dormía en un profundo sueño. Mientras se inclinaba para besar la frente del que se iba a marchitar como una flor arrancada, un eterno dolor se iba apoderando de su rostro. No he vuelto a leer estas historias desde entonces, pero se mantienen tan frescas en mi memoria como si las hubiera leído ayer.

«Escribiremos cada uno una historia de fantasmas», dijo Lord Byron, y todos accedimos a su propuesta. Éramos cuatro. El noble autor comenzó un cuento, del cual publicó un fragmento al final de su poema sobre Mazepa. Shelley, más hábil para dar vida a ideas y sentimientos con el resplandor de brillantes imágenes y con la música de los versos más melodiosos que adornan nuestra lengua, que para idear el mecanismo de una historia, comenzó una basada en las experiencias de su infancia. Al pobre Polidori se le ocurrió una idea terrible sobre una dama con una calavera por cabeza que había sufrido este castigo por fisgonear a través de las cerraduras no recuerdo qué, algo muy malo e inapropiado. Pero cuando ya se encontraba en una condición peor que la del famoso Tom de Coventry, no supo qué hacer con ella y se vio obligado a enviarla a la tumba de los Capuleto, el único lugar para el que era apta. El ilustre poeta, molesto por lo aburrido de la prosa, desistió rápidamente de una tarea tan antipática.

Yo me apresuré a «pensar una historia», una historia que pudiera rivalizar con aquéllas que nos habían impulsado a la tarea. Una historia que hablara de los misteriosos miedos del ser humano y despertara la excitación del miedo, una historia que hiciera que el lector tuviera miedo de mirar a sus espaldas, que le helara la sangre y le acelerara el pulso. Si no conseguía todo eso, mi historia de fantasmas no era digna de tal nombre. Pensé y reflexioné en vano. Sentía ese vacío creativo, que es el mayor misterio de la autoría, en el que la única respuesta a

nuestras ansiosas invocaciones es la insulsa Nada. «¿Has pensado una historia?», me preguntaban cada mañana, y cada mañana me veía obligada a contestar con un mortificante no.

Como dijo Sancho Panza, todo debe tener su inicio. Y ese inicio tiene que estar relacionado con algo que pasó anteriormente. Los hindúes han colocado el mundo sobre un elefante, pero hacen que el elefante se apoye sobre una tortuga. La invención, tenemos que admitirlo humildemente, no consiste en crear de la nada, sino del caos. En primer lugar, se deben conseguir los materiales. La invención puede dar lugar a oscuras e informes sustancias, pero no puede dar vida a la sustancia en sí. En cualquier descubrimiento o invención, incluso en los que pertenecen a la imaginación, siempre sale a colación la historia del huevo de Colón. La invención consiste en la capacidad de aprovechar el potencial de un tema y en el poder de moldear y elaborar las ideas que éste sugiera.

Fui fervoroso y silencioso testigo de muchas y largas conversaciones entre Lord Byron y Shelley. Durante una de estas discusiones reflexionaron sobre varias doctrinas filosóficas, entre otras, la naturaleza del principio de la vida y si sería posible descubrirlo y comunicarlo algún día. Hablaron sobre los experimentos del doctor Darwin (no hablo de lo que el doctor hizo en realidad, o dijo que hizo, sino de lo que entonces se decía que había hecho, que era más afín a mi propósito), que había mantenido un trozo de gusano en una caja de cristal hasta que, por alguna causa extraordinaria, comenzó a moverse voluntariamente. ¿Acaso no se había conseguido dar vida a fin de cuentas? Quizá se podría reanimar un cadáver. El galvanismo había probado fenómenos parecidos: se podrían fabricar los diferentes componentes de una criatura, unirlos y dotarlos del calor vital.

Con esta conversación transcurrió la velada, y ya habíamos superado incluso la hora bruja cuando finalmente nos retiramos a descansar. Pero cuando por fin apoyé la cabeza sobre la almohada, no conseguí conciliar el sueño, tampoco se puede decir que estuviera pensando. Mi imaginación estaba desbocada. Se apoderó de mí y me guio, trayéndome a la mente una imagen tras otra con una viveza que superaba los límites del sueño. Aunque tuviera los ojos cerrados, podía ver con una increíble precisión al pálido estudiante de las pecaminosas artes junto a la cosa que había ensamblado. Vi el horrible espectro de un hombre extendido,

y cómo después, gracias al funcionamiento de algún poderoso artilugio, mostraba signos de vida y se agitaba con un movimiento inseguro y vacilante. Debía de ser algo terrorífico, sumamente terrorífico, que una empresa humana resultara en una burla del magnífico mecanismo del Creador. El éxito tendría que aterrorizar al artista, que asaltado por el horror, con toda seguridad se alejaría del odioso producto de su trabajo. Albergaría la esperanza de que, abandonada a su suerte, la chispa de vida que había encendido se apagara, de que esa cosa que había sido animada de forma tan imperfecta se convirtiera en materia muerta, y de poder dormir convencido de que el silencio de la tumba sofocaría para siempre la transitoria existencia del horrible cadáver del que había esperado que fuera la cuna de una nueva humanidad. Duerme, pero algo lo despierta, abre los ojos y ahí está el horrible ser, de pie junto a él, abriendo las cortinas y mirándolo con sus ojos amarillos y acuosos de forma inquisitiva.

Abrí los míos aterrorizada. La idea se había apoderado de mi mente hasta tal punto que me estremecí de miedo y quise cambiar la fantasmagórica imagen por la realidad que me rodeaba. Lo recuerdo todo como si fuera ahora mismo: la habitación, el oscuro entarimado, los postigos cerrados a través de los cuales intentaba entrar la luz de la luna y la sensación de que el lago cristalino y los altos Alpes se encontraban detrás. No me resultó fácil librarme de este horrible fantasma. Me perseguía. Intenté pensar en otra cosa y recurrí a mi historia de fantasmas, ¡mi tediosa y desafortunada historia de fantasmas! ¡Oh! ¡Si tan sólo pudiera inventar una historia que fuera capaz de estremecer al lector tanto como yo misma me había aterrado esa noche!

La súbita iluminación me llenó de alegría. \ll ¡Lo tengo! Lo que me ha aterrorizado a mí, aterrorizará a los demás. Tan sólo he de describir al espectro que se me ha aparecido esta noche en la cama». A la mañana siguiente anuncié que se me había ocurrido una historia. Ese mismo día comencé a escribirla con estas palabras: \ll Era una triste noche de noviembre», y luego me limité a transcribir los lúgubres terrores que aparecían en mi sueño.

En un principio sólo pensaba escribir unas cuantas páginas, un cuento corto, pero Shelley insistió en que desarrollara la idea y la ampliara. Si bien es cierto que no le debo a mi marido la idea de ningún episodio concreto, ni siquiera la de los sentimientos de personaje

alguno, de no ser por su insistencia, nunca habría tomado la forma en la que se presentó al público. Debo excluir el prefacio de lo dicho anteriormente, hasta donde recuerdo, lo escribió él por entero.

Dicho esto, invito a mi horrorosa criatura a que se ponga en marcha y se desarrolle. Le he tomado cariño, porque fue el fruto de días felices, cuando la muerte y el dolor no eran más que palabras que no hallaban eco en mi corazón. Sus páginas hablan de muchas caminatas, de muchas excursiones y de muchas conversaciones en un tiempo en el que no estaba sola. Ya no volveré a ver más a mi compañero en este mundo. Pero eso ya es cosa mía. A mis lectores no les interesan esos recuerdos.

Tan sólo diré una cosa más sobre los cambios que he realizado. Son cambios principalmente de estilo. No he cambiado ninguna parte de la historia ni he introducido nuevas ideas o situaciones. He retocado el lenguaje allí donde era tan escueto que afectaba al interés de la narración. La mayoría de estos cambios tiene lugar casi exclusivamente al comienzo del primer volumen. En el resto del libro se limitan tan sólo a aquellas partes que son meros anexos de la historia, dejando la esencia y el contenido intactos.

M. W. S. Londres, 15 de octubre de 1831

PREFACIO



El doctor Darwin y algunos escritores científicos alemanes han considerado que el hecho sobre el que se basa esta ficción no es del todo improbable. No deseo que se suponga que comparto en modo alguno la fe en este tipo de fantasías, sin embargo, no creo que al tomarlas como referencia para una obra de ficción me haya limitado a entretejer una serie de episodios sobrenaturales. El suceso sobre el que descansa el interés de la historia está libre de las trabas que se encontrarían en un simple cuento de fantasmas o de encantamientos. Vino sugerido por lo novedoso de las situaciones que desarrolla y, a pesar de ser imposible como hecho físico, aporta a la imaginación un punto de vista desde el que perfilar las pasiones humanas más amplio y legítimo que cualquier relato costumbrista.

He intentado, por lo tanto, mantener la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, aunque no he tenido escrúpulos en innovar sobre sus combinaciones. La Ilíada, la poesía trágica de Grecia; Shakespeare, en La tempestad y Sueño de una noche de verano, y sobre todo Milton, en El Paraíso perdido, siguen esta regla. Y es una licencia, o mejor una norma, que hasta el novelista más humilde que busca recibir o proporcionar entretenimiento con sus trabajos puede

aplicar sin presunción a la ficción en prosa, y de la que han surgido, en los más altos ejemplos de poesía, exquisitas combinaciones de sentimientos humanos.

Las circunstancias que rodean mi historia tienen su origen en una conversación casual. Surgió en parte por diversión y en parte por un intento de ejercitar recursos no explorados de la mente. A medida que el trabajo fue avanzando se entremezclaron otros motivos. No me es en absoluto indiferente la influencia que puedan tener en el lector las creencias morales de mis personajes. Sin embargo, mi principal preocupación al respecto se ha limitado a evitar los efectos enervantes de las novelas actuales y a mostrar las bondades del cariño familiar y la excelencia de la virtud universal. No se debe pensar que las opiniones que se derivan de forma natural del carácter y la situación del protagonista coinciden siempre con mis propias convicciones. Tampoco se debe inferir de las siguientes páginas ningún prejuicio hacia doctrina filosófica alguna por mi parte.

Para la autora es de especial interés el hecho de que la historia comenzara a escribirse en esa majestuosa región donde se desarrolla la mayor parte del relato y en una inestimable compañía. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. Fue un verano frío y lluvioso, y por las tardes nos juntábamos alrededor de un resplandeciente fuego entreteniéndonos en ocasiones con historias alemanas de fantasmas que



habían caído en nuestras manos. Estos relatos nos provocaron el deseo de imitarlos. Otros dos amigos (de cuya pluma el público recibiría con mayor gusto cualquier relato antes que nada que yo pueda crear jamás) y yo misma acordamos escribir cada uno una historia basada en hechos sobrenaturales.

El tiempo se calmó repentinamente y mis dos amigos me dejaron para hacer un viaje por los Alpes, abandonando entre los magníficos paisajes que vieron toda memoria de sus visiones fantasmales. El siguiente relato es el único que fue concluido.

Marlow, septiembre de 1817

FRANKENSTEIN O EL MODERNO PROMETEO



PRIMERA CARTA



San Petersburgo, 11 de diciembre de 17..

Para la señora Saville, Inglaterra

Te alegrará saber que la empresa a la que augurabas tan malos presagios no ha sufrido todavía ningún contratiempo. Llegué ayer y mi primera tarea no podía ser otra que comunicarle a mi querida hermana que estoy bien y que mi confianza en el éxito de la misión es cada vez mayor.

Me encuentro ya muy al norte de Londres y, mientras camino por las calles de San Petersburgo, siento una fría brisa del norte que acaricia mis mejillas y tonifica mis nervios llenándome de placer. ¿Entiendes cómo me siento? Esta brisa que proviene de las regiones hacia las que me dirijo me deja saborear un poco de ese clima glacial. Este viento cargado de promesas hace que sueñe despierto con más ardor e intensidad. Por más que intento convencerme de que el polo sólo alberga hielo y desolación, en mi imaginación siempre aparece como una región de belleza y fascinación. Allí, Margaret, jamás se pone el sol, y su enorme disco apenas roza el horizonte irradiando su resplandor de forma continua. Allí, porque con tu permiso, hermana, tendré que darles un voto de

confianza a los navegantes que me han precedido, desaparecen la nieve y el hielo, y quizá con un mar en calma el viento nos lleve hasta una tierra que supere en maravillas y belleza a cualquier otra región del planeta descubierta por el hombre. Puede que la riqueza y los paisajes de estas soledades por descubrir no tengan parangón, ya que es allí con seguridad donde se encuentran los secretos de los cuerpos celestes. ¿Qué no se puede esperar de un país de luz eterna? Puede que descubra allí la maravillosa fuerza que atrae a la aguja de la brújula, o quizá consiga aclarar miles de observaciones astronómicas que no necesitan más que este viaje para que sus aparentes excentricidades se transformen en leyes eternas. Saciaré mi ardiente curiosidad contemplando una parte del mundo que nunca antes ha sido visitada, y puede que pise tierras nunca antes holladas por el hombre. Éstos son mis alicientes, más que suficientes para superar el miedo al peligro o a la muerte y para empujarme a este difícil viaje con la alegría de un niño que se embarca en un pequeño bote con sus compañeros de juegos para explorar el río de su pueblo. Pero incluso suponiendo que todas estas conjeturas fueran falsas, no podrás negarme que si hallara una ruta junto al polo hacia países que hoy en día están a meses de viaje, o si descubriera el misterio del magnetismo, algo que, de ser posible, tan sólo podría realizarse gracias a una empresa como la mía, prestaría un inestimable servicio a la humanidad.

Estas reflexiones han disipado la agitación con la que comencé mi carta, y siento cómo mi corazón arde con un entusiasmo que me eleva al cielo, ya que nada contribuye tanto a tranquilizar mi mente como un propósito firme, un objetivo sobre el que fijar mi intelecto. He soñado con esta expedición desde mi más tierna infancia. He leído con pasión los relatos de los viajes que se han realizado con la intención de llegar al norte del Océano Pacífico cruzando los mares que rodean el polo. Quizá recuerdes que la biblioteca del querido tío Thomas estaba repleta de narraciones de todos los viajes de exploración que se habían hecho hasta el momento. Mi educación dejó bastante que desear, pero me apasionaba la lectura. Leía estos volúmenes día y noche, y cuanto más los leía, más difícil se me hacía aceptar que la última voluntad de mi padre hubiera sido prohibir a mi tío que me permitiera enrolarme como marinero. Prohibición que supe de niño y me causó un gran dolor.

Estos sueños se disiparon cuando me acerqué por primera vez a esos poetas cuyas creaciones embelesaron mi alma y me hicieron subir

a los cielos. También me hice poeta, y durante un año viví en un paraíso de mi propia creación. Fantaseaba con que yo también alcanzaría un nicho en el templo en el que se habían consagrado los nombres de Homero y Shakespeare. Tú sabes de mi fracaso y de la decepción tan grande que sufrí. Pero justo en aquel momento heredé la fortuna de mi primo y mis pensamientos retomaron su antiguo curso.

Seis años han pasado desde que me decidí a emprender esta misión. Recuerdo claramente el momento en el que empecé a prepararme para esta gran empresa. Comencé acostumbrando mi cuerpo a las privaciones. Me embarqué con balleneros en varias expediciones al Mar del Norte y, por mi propia voluntad, soporté el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño. A menudo trabajaba durante el día más duro que los marineros, y dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas, la medicina y esas ramas de la física que pueden ser tan útiles para un aventurero del mar. Llegué a enrolarme dos veces como segundo de a bordo en un ballenero groenlandés y me desenvolví excelentemente. Debo reconocer que me sentí muy orgulloso cuando el capitán me ofreció ser su primer ayudante en el navío y con la mayor sinceridad me suplicó que me quedara. Hasta ese punto consideraba valiosos mis servicios.

Así que dime, querida Margaret, ¿acaso no merezco hacer algo grande? Podía haber pasado mi vida entre lujos y comodidades, pero he preferido la gloria a las tentaciones que la riqueza puso en mi camino. ¡Oh, si tan sólo una voz alentadora me dijera que sí! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas vacilan y mi ánimo a menudo flaquea. Estoy a punto de partir en un largo y difícil viaje cuyos peligros pondrán a prueba mi fortaleza. Se me exige no sólo mantener alto el ánimo de los demás, sino a veces animar el mío propio cuando el suyo ceda.

Ésta es la época más favorable para viajar por Rusia. Aquí los trineos se deslizan a toda velocidad sobre la nieve. El movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más cómodo que el de las diligencias inglesas. No hace demasiado frío, si te cubres con pieles, una costumbre que he adoptado porque es diferente pasear sobre cubierta que quedarse sentado inmóvil durante horas sin que el ejercicio evite que la sangre se te congele, literalmente, en las venas. No tengo intención de quedarme congelado en el camino de postas entre San Petersburgo y Arjanguelsk. Tengo previsto partir de esta ciudad en dos o tres semanas.

Mi intención es alquilar allí un barco, lo que se puede hacer fácilmente pagando el seguro al propietario, y contratar a cuantos marineros crea necesarios entre aquéllos que están acostumbrados a la caza de ballenas. No tengo intención de partir hasta el mes de junio, pero ¿cuándo volveré? Ah, querida hermana, ¿cómo podría contestar a esta pregunta? Si lo logro, pasarán muchos, muchos meses, quizá años, hasta que volvamos a vernos. Si fracaso, nos veremos muy pronto o nunca.

Adiós, mi querida y admirada Margaret. Que el cielo te bendiga y me proteja para que pueda mostrarte una y otra vez mi gratitud por todo tu amor y bondad.

Tu hermano que te quiere.

R. Walton

SEGUNDA CARTA



Arjanguelsk, 28 de marzo de 17..

Para la señora Saville, Inglaterra

¡Qué despacio pasa el tiempo aquí, rodeado como estoy del hielo y la nieve! Sin embargo, he dado un nuevo paso en mi empresa. He fletado un navío y ahora estoy reuniendo a la tripulación; aquéllos a los que ya he contratado parecen hombres en los que se puede confiar, y ciertamente tienen valor y coraje.

Pero hay un deseo que nunca he conseguido satisfacer, y cuya falta siento ahora como la peor de las desgracias: no tengo ningún amigo, Margaret. Cuando esté exultante por el éxito, no tendré a nadie con quien compartir mi alegría; si el abatimiento me embarga, no habrá quien intente sacarme de mi melancolía. Siempre puedo confiar mis pensamientos al papel, por supuesto, pero ése es un pobre medio para comunicar los sentimientos. Deseo la compañía de una persona que piense como yo y que me comprenda sin necesidad de palabras. Puede que pienses, querida hermana, que soy un romántico, pero siento profundamente la

falta de un amigo. No tengo a nadie a mi lado que sea amable y valiente a la vez, educado y con amplitud de miras, cuyos gustos sean iguales que los míos, capaz de aprobar o corregir mis planes. ¡Cuánto haría un amigo así para enmendar los defectos de tu pobre hermano! Soy demasiado apasionado en la ejecución y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero mi formación autodidacta es un mal todavía mayor. Los primeros catorce años de mi vida corrí libre por los prados sin leer otra cosa que los libros de viajes del tío Thomas. A esa edad me topé con los más ilustres poetas de nuestro propio país. Entonces no sentí la necesidad de aprender otras lenguas aparte de la mía hasta que ya era demasiado tarde para poder sacar el mejor provecho de esa idea. Ahora tengo veintiocho años y en realidad tengo menos cultura que muchos escolares de quince. He reflexionado más, es cierto, y mis sueños son mayores y más ambiciosos, pero carecen de consonancia (como lo llaman los pintores). Me hace mucha falta un amigo con la sensibilidad suficiente como para no despreciarme por ser un soñador y que me quiera lo suficiente como para intentar controlar mis impulsos.

En fin, esto no son más que quejas sin sentido. Es evidente que no encontraré amigos en medio del océano ni aquí, en Arjanguelsk, rodeado de mercaderes y marineros. Sin embargo, hasta en esos corazones endurecidos palpitan sentimientos que están libres de la escoria del ser humano. Mi lugarteniente, por ejemplo, es un hombre de asombroso coraje e iniciativa. Desea con locura la gloria o, para ser más exactos, ascender en su profesión. Es inglés de nacimiento y, entre todos los prejuicios propios de su nacionalidad y su profesión que la educación no ha podido pulir, posee algunos de los dones más nobles de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero. Cuando supe que estaba en esta ciudad sin trabajo, no me fue difícil convencerlo para que se uniera y me ayudara en mi empresa.

Tiene un carácter excelente, y en el barco es reconocido por su amabilidad y la flexibilidad de su disciplina. Esta circunstancia, sumada a su conocida integridad e intrépido coraje, hizo que quisiera contratarlo. Mi solitaria juventud, los mejores años de mi vida bajo tu amable y femenina tutela, han refinado tanto los fundamentos de mi carácter que no puedo soportar el intenso desagrado que me produce la habitual brutalidad a bordo de los barcos. Siempre la he creído innecesaria, por lo que me sentí muy afortunado al hacerme con los servicios de un

marinero que era tan célebre por su bondad como por el respeto y la obediencia que le brindaba su tripulación. La primera vez que oí hablar de él fue de un modo algo romántico a través de una dama que le debe su felicidad. Ésta es, en pocas palabras, su historia. Hace algunos años estaba enamorado de una joven dama rusa que no disponía de riqueza; cuando consiguió amasar una considerable fortuna capturando barcos, el padre de la chica finalmente accedió al matrimonio. Antes de la ceremonia visitó a la novia. Estaba bañada en lágrimas y se lanzó a sus pies pidiéndole que la perdonara y confesándole al mismo tiempo que amaba a otro, pero que como era pobre su padre nunca consentiría su unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la muchacha y, una vez que obtuvo el nombre de su amante, renunció a la boda. Con una parte del dinero ya había comprado una granja en la que planeaba pasar el resto de su vida, pero se la regaló a su rival, junto con los restos de su fortuna, para que comprase ganado, y después él mismo solicitó al padre de la muchacha que consintiera que ésta se casara con su amante. Aun así, el viejo se negó con firmeza, considerando que su honor le obligaba a mantener la palabra dada a mi amigo. Al ver que el padre era inflexible, abandonó el país y no regresó hasta que supo que su antigua prometida se había casado de acuerdo a su voluntad. «¡Qué persona tan noble!», proferirás. Así es, pero al mismo tiempo carece completamente de educación. Es taciturno y posee una especie de ignorante indolencia que, al tiempo que hace su conducta más sorprendente, menoscaba el interés y la simpatía que de otro modo provocaría.

Sin embargo, no pienses que estoy flaqueando en mi resolución porque me quejo un poco o porque sueño con un remedio para mis pesares, un remedio que quizá nunca encuentre. Ésta es tan inamovible como el destino, y tan sólo he retrasado el viaje hasta que el clima nos permita embarcarnos. El invierno ha sido extremadamente duro, pero la primavera promete, y se prevé que sea extraordinariamente temprana, así que quizá pueda soltar amarras antes de lo esperado. No haré nada apresurado. Me conoces lo suficiente como para confiar en mi prudencia y consideración en cuanto a la seguridad de la gente que está bajo mi mando.

No puedo describirte mis sentimientos a medida que se acerca el inicio de mi empresa. Es imposible transmitirte una idea de la trepidante sensación, a medio camino entre el placer y el miedo, con la que

me preparo para la partida. Voy hacia regiones inexploradas, hacia la «tierra de la bruma y la nieve», pero no iré a matar albatros, así que no te alarmes por mi seguridad o por si regreso tan destrozado y desdichado como el «viejo marinero». Seguro que sonríes ante mi alusión, pero te voy a desvelar un secreto: a menudo he atribuido mi apego, mi apasionado entusiasmo por los misteriosos peligros del océano, a esa obra del poeta, el más imaginativo de los autores modernos.* Hay algo en mi alma que ni siquiera yo entiendo. Soy un hombre práctico y trabajador, meticuloso, un obrero que trabaja con perseverancia y esfuerzo, pero además de eso, está entremezclado en todos mis proyectos un amor por lo maravilloso, una fe en lo maravilloso que me empuja a salir de los caminos trillados por el hombre hacia el mar salvaje o las regiones desconocidas que me dispongo a explorar.

Pero, volviendo a consideraciones más agradables, ¿volveré a verte después de atravesar mares interminables y haber dado la vuelta al cabo más meridional de África o América? No me atrevo a confiar en alcanzar tal éxito y, sin embargo, no puedo soportar la idea contraria. Por el momento no dejes de escribirme siempre que te sea posible, puede que tus cartas lleguen para darme ánimo en el momento en el que más las necesite. Te amo con ternura. Recuérdame con cariño si no vuelves a oír de mí.

Tu hermano que te quiere.

ROBERT WALTON



^{*} Samuel Taylor Coleridge, autor del poema «La canción del viejo marinero». [N. del T.]

TERCERA CARTA



7 de julio de 17..

Para la señora Saville, Inglaterra

Mi querida hermana:

Escribo unas pocas líneas a prisa para decirte que me encuentro a salvo y que mi viaje avanza. Esta carta llegará a Inglaterra gracias a un mercader que regresa ahora desde Arjanguelsk. Es más afortunado que yo, que quizá no vea mi tierra natal en muchos años. Me hallo sin embargo con buen ánimo. Mis hombres son valientes y aparentemente muestran decisión, y los hielos flotantes a través de los que navegamos continuamente, que dan muestra de los peligros de la región hacia la que avanzamos, no les asustan. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano y, aunque no haga el mismo calor que en Inglaterra, los vientos del sur, que nos arrastran veloces hacia las orillas que tan ardientemente deseo alcanzar, nos infunden un calor reconfortante que no esperaba.

Hasta hoy no nos ha sucedido nada digno de ser contado en una carta. Un par de fuertes tormentas y la aparición de una vía de agua no son incidentes dignos de mención para un navegante experimentado, y me sentiría satisfecho si eso fuera lo peor que nos pasara durante el viaje.

Adieu, mi querida Margaret. Ten por seguro que, tanto por mi propio bien como por el tuyo, no me precipitaré al encuentro con el peligro. Me mantendré sereno, perseverante y prudente.

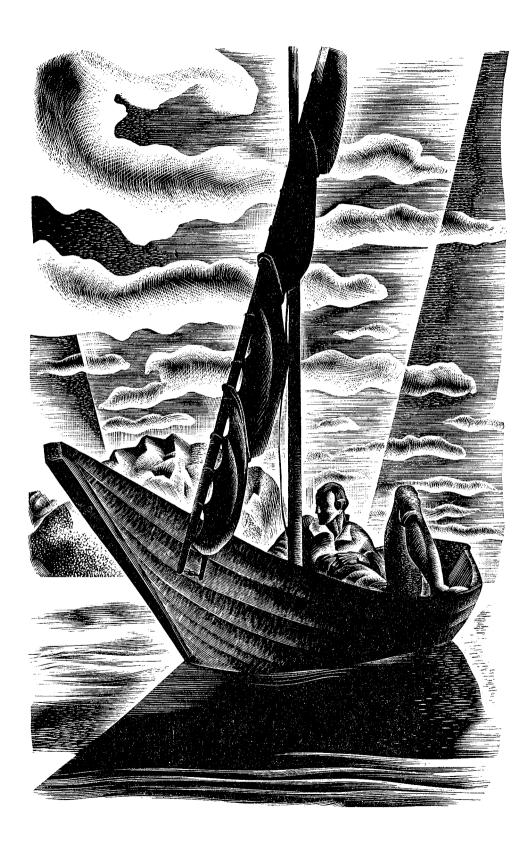
Pero el éxito coronará mis esfuerzos. Y ¿por qué no? He llegado hasta aquí abriéndome camino por un mar sin explorar, donde tan sólo las estrellas pueden dar testimonio de mi triunfo. ¿Por qué no continuar surcando este mar indómito que, a pesar de todo, se muestra manso? ¿Qué puede detener a un corazón decidido y a la voluntad resuelta del hombre?

Mis sentimientos se encienden y sin querer comienzo a extenderme. Tengo que terminar. ¡Que el cielo te bendiga, mi querida hermana!

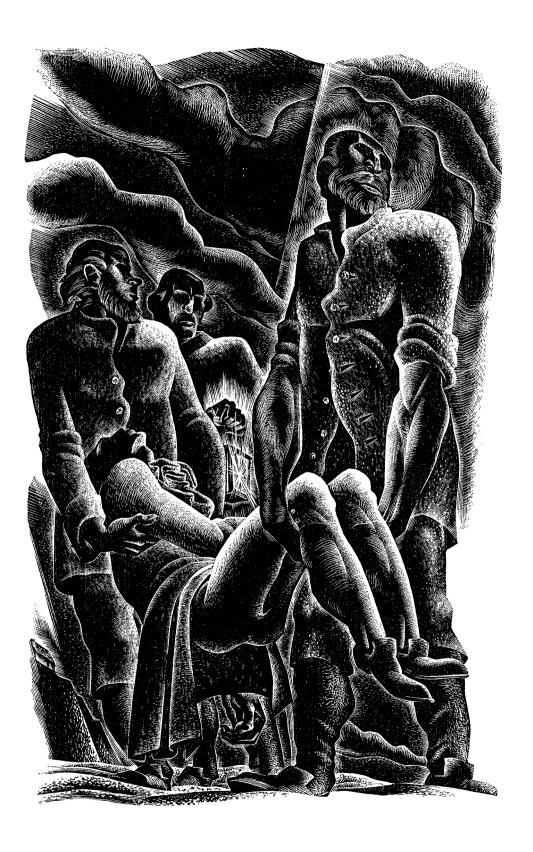
R. W.















La vida de Victor Frankenstein está marcada por su obsesión por dar vida a la materia inerte. Los estudios de filosofía natural lo llevan a concebir a la criatura que se convertirá en su mayor logro y tragedia. Desde el Ártico, desvela al capitán Walton su esperpéntica creación, mientras intenta desesperadamente atrapar al monstruo sin nombre que se ha escapado para vengarse de su propio «padre».

Mary W. Shelley creó Frankenstein o el moderno Prometeo a raíz de una amistosa disputa literaria tras una velada en la que escritores de la talla de Lord Byron, Percy Bysshe Shelley y John William Polidori, entre otros, se retaron a escribir una obra de terror. El resultado no sólo es la novela gótica más afamada y uno de los hitos esenciales del horror, es también el inicio de la ciencia ficción y una aguda reflexión moral sobre la naturaleza del hombre y del mal.

Frankenstein ha inspirado numerosas versiones en obras literarias, plásticas y audiovisuales. En esta ocasión, la serie de grabados en madera que uno de los padres de la novela gráfica, Lynd Ward, dedicó al monstruo en 1934, plasma la ambivalencia propia del texto de Shelley gracias a su dominio de la técnica y a la combinación de elementos del expresionismo alemán y el art déco. Vista por Ward, la criatura es a la vez patética y terrible, y sus inusuales perspectivas y claroscuros son el complemento perfecto a esta obra maestra.

Esta edición incluye un epílogo de la autora y crítica estadounidense Joyce Carol Oates, en el que inquiere en lo más profundo de la obra para demostrar que el «monstruo de Frankenstein» es uno de esos personajes que «se han convertido en creaciones colectivas; nos pertenecen a todos».

Mary W. Shelley nació y murió en Londres (1797-1851). Desde que era muy joven se interesó por la literatura y participó en la edición de las obras de sus padres, el filósofo William Godwin y la filósofa feminista Mary Wollstonecraft, y de su marido, el poeta y filósofo Percy Bysshe Shelley. Además de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de 1818, que alcanzó gran fama en el momento de su publicación y se convirtió en una obra de referencia universal, escribió otras novelas, varios libros de viajes, relatos y poemas.

Lynd Ward nació en Chicago en 1905 y murió en Virginia en 1985. Artista e ilustrador de libros juveniles y de adultos, se hizo famoso por las ilustraciones en blanco y negro de sus historias sin palabras, realizadas a partir de grabados sobre madera, de gran influencia en el desarrollo de la historia de la novela gráfica. Su trabajo ha influido en autores como Frans Masereel o Art Spiegelman, que han valorado sus libros como una forma única de mirar y entender.



